

## Reseña



*Vanguardia y ant Vanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte.*

Jineth Ardila Ariza

Editorial: Universidad Nacional de Colombia

Año: 2013, Bogotá, Colombia, 298 páginas

La santandereana Jineth Ardila Ariza ha labrado una carrera académica que comprende el ámbito editorial, el académico universitario, la realización audiovisual y la crítica literaria. Sobre este último tema de estudios ha publicado “La literatura en tela de caza” (*Literatura: teoría, historia, crítica* 3, 2001), “La tragedia griega. Actuar o no actuar: esa es la pregunta” (*Educación estética* 3, 2007) y *Literatura para todos* (Intermedio editores, 2003). *Vanguardia y ant Vanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte* es el resultado de su indagación

gracias a la beca otorgada por el Ministerio de Cultura al grupo de investigación conformado por la autora, David Jiménez, Patricia Trujillo y William Díaz, de la Universidad Nacional y Pablo Montoya de la Universidad de Antioquia.

El propósito de la evaluación realizada por Ardila es poner en evidencia la discusión crítica que hubo en torno a los movimientos de Vanguardia a partir de las publicaciones periódicas colombianas de 1920. Para ello, inicia poniendo un contexto eje de su estudio en la Introducción, que es la conceptualización del movimiento de *Los Nuevos* como movimiento intelectual en respuesta a su precedente: la generación del *Centenario*. Bajo esta precisión la autora propone un análisis centrado en una concepción temporal histórica y política que se justifica en que las discusiones literarias del momento no se restringían a una cuestión estética sino que comprometían debates de carácter social.

La primera sección del texto titulada “**Dos capítulos prescindibles**”, está dividida entre los análisis realizados sobre la existencia o no de una Vanguardia en Colombia en el decenio de 1920 a 1930, y las críticas que ofrece Ardila Ariza sobre los vacíos que encuentra en ellos. De esta manera, el primero de “los prescindibles” se centra en los problemas de la periodicidad literaria y conceptualización en las aproximaciones a las Vanguardias y el Posmodernismo. Hace mención a la *Antología de la poesía*

española e hispanoamericana de Federico de Onís y a “Para una caracterización histórica del vanguardismo literario hispanoamericano” de Nelson Osorio, con quienes comparte las aproximaciones al objeto de estudio. También alude a *Los hijos del limo* de Octavio Paz, de quien hace una pequeña cita refiriéndose al reduccionismo con que el nobel mexicano considera el postmodernismo; a *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert, cuestionando su afirmación sobre la destrucción artística que trae la guerra, pues gracias a la Primera Guerra Mundial se generaron rupturas literarias; y a *Celebración del modernismo* de Saúl Yurkievich, a quien le critica el tono excesivo de su reflexión desde el título de su obra. Sobre *La poesía hispanoamericana en el siglo XX* de Teodosio Fernández se dedica a describirla y ponerla en comparación con Federico de Onís y Octavio Paz sin proponer una lectura detractora o de defensa.

En el segundo capítulo que recoge “los prescindibles”, la autora santandereana plantea el propósito de su estudio, mencionando, en primer lugar, la falta de rigurosidad con la que se ha abordado la poesía vanguardista en Colombia centrándose en el caso de Luis Vidales, a quien considera un poeta poco tratado desde la reflexión literaria. Además, refiere su hipótesis acerca de que la existencia de una Vanguardia en el país es visible en una nueva forma de expresión irónica e irreverente, constituyeron los sellos que, según ella se contemplan en las publicaciones de *Los Nuevos* aparecidas en 1920.

Para desarrollar los estudios de caso, Ardila reúne las publicaciones de la nueva generación en el apartado “Vanguardia: crítica, reacción y revolución”, e inicia con la que ella propone como primera impresión vanguardista del país: *Voces de Barranquilla*, que representaba más la presentación pública de las nuevas tendencias literarias que un planteamiento novedoso desde su escritura. Es con *Los arquilókidas* en *La República* cuando una voz renovada se hace visible. En cabeza de Luis Tejada, los discursos osados y malintencionados sobre las visiones *centenaristas* alrededor de la cultura provocan la ruidosa intromisión de *Los Nuevos* en el panorama intelectual.

Menciona al grupo *Caminos* de Barranquilla como un fenómeno efímero, pero relevante por su contribución al movimiento culto de ese momento. Seguido a esto, el espacio dedicado a *El Sol, Diario de la mañana* de Tejada y José Mar, habla de una iniciativa desarrollada con un contenido más político que no descuidaba la reflexión literaria, al ser dos cuestiones hermanadas. Dada la corta duración del *Diario de la mañana*, (noviembre- diciembre de 1922), *Los Nuevos* encontraron un espacio en *Suplemento literario de El Espectador*, donde apareció su revista en 1925. Los proyectos individuales de los integrantes del grupo, sumados a una preocupación centrada en generar una discusión política que le restaron importancia a la creación de “un programa estético definido”, llevaron a la rápida disolución y a los enfrentamientos escritos entre los integrantes del mismo. Prueba de esto fueron las discordias manifestadas en las entrevistas de *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo* en la sección “Una hora con” en la que aparecieron sus voces.

Gracias a la dirección de Luis Cano en *Suplemento literario ilustrado* se generó una discusión real y más abierta entre la generación del *Centenario* y el grupo de *Los Nuevos*. La referencia a *Ruy Blas*, diario de tendencia socialista, de Felipe Lleras Camargo, cierra el apartado dedicado a las publicaciones que giraron en torno a una digresión sobre las Vanguardias como movimiento estético.

Para “Antivanguardia: centenarismo y tradición” Ardila toma los casos de *Patria* y *El Nuevo tiempo literario*. Sobre *Patria* se centra en el caso de *El nuevecito escritor*, quien haciendo uso del tono irónico de *Los Nuevos*, burla la producción de los jóvenes escritores. Finalmente, la descripción del *Nuevo tiempo literario* se dedica a hacer visible la postura tradicionalista del suplemento y considera que su misión era más una divulgación personal de Ismael Enrique Arciniegas, su director, que un órgano de difusión cultural.

El epílogo detalla las actividades políticas que desarrollaron los integrantes de los grupos intelectuales en disputa después de su agitación a través de la prensa. Ardila finaliza con una serie de preguntas de las que ella misma dice, fueron las detonantes de su investigación y que no se habían resuelto en gran medida por su desconocimiento. Su pretensión, entonces, es haber resuelto las cuestiones que restringían a Colombia como un país tradicionalista, de innovaciones tardías y sin movimientos vanguardistas.

Si bien el estudio de Jineth Ardila demuestra la rigurosidad de su investigación, considero que en el ánimo de poner en evidencia la pertinencia de sus resultados se generalizan las ideas de la falta de reconocimiento en la innovación literaria colombiana a lo largo de la producción crítica de ella. Es por ello que la autora se permite hacer aseveraciones en torno al reciente descubrimiento de Vidales como poeta vanguardista, o concluye sus preguntas apelando a, como lo dice, vacíos que provienen recurrentemente del desconocimiento. Creo que una de las cuestiones relevantes frente a esa preocupación de Ardila es el desarrollo crítico de autores colombianos sobre literatura colombiana como respuesta al análisis foráneo que se hacía acerca de la escritura nacional.

Como publicación universitaria el libro presenta una propuesta editorial valiosa apelando al uso de la página izquierda para presentación de citas y reproducciones de periódicos e ilustraciones, que prueban, por medio del ejemplo y la autoridad, los aspectos mencionados en la página derecha que hace el grueso del texto. Sin embargo, son visibles algunos descuidos en el proceso de corrección final, caso de la repetición de dos oraciones en el final del capítulo “*El nuevecito escritor* de la revista *Patria*” o la sustitución de letras como la s por la d en el prefijo “de” en algunas oraciones.

Pienso que la relevancia del estudio hecho por la investigadora santandereana se encuentra en la revisión de las publicaciones periódicas en su rol activo de promoción, reflexión y crítica sobre el quehacer literario en el país. El texto prueba que gracias a ellas se dio una discusión aguerrida sobre la preocupación del hecho estético literario en el transcurso de una década. Esto permite preguntarse por la intervención de los impresos en el sostenimiento de las discusiones, en la presentación de escritores y los cambios en las formas de escribir, y cómo han nutrido los procesos culturales e intelectuales de la nación durante toda su historia, desde la llegada de la imprenta.

A partir de *Vanguardias y Antivanguardias en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte* se puede generar una discusión que estimo necesaria en la actualidad sobre los roles del intelectual en el país. La desvinculación entre la discusión política y la literaria en la academia colombiana actualmente es visible. Esa ruptura ha generado que los análisis y opiniones que intentan

enlazar las inquietudes estéticas con el manejo público de la cultura caigan más en sofismas, o en consideraciones que asumen lo político como asuntos partidistas que en argumentos fundados. Así, se ha dado pie a que se miren con desconfianza este tipo de reflexiones y a que ocupen un papel relegado en las consideraciones de estudio literario.

Consecuentemente, los enfrentamientos en las publicaciones periódicas a las que hace referencia Ardila, hostilidades que funcionaron como el motor de la necesidad de renovación literaria, convocan a la pregunta por el rol que asumen actualmente quienes se ocupan públicamente de la producción intelectual del país. Considerando que la apreciación de la autora sobre la revista *Voces* es precisa de cara a los intelectuales, aparecidos en el presente en los medios de mayor difusión en Colombia: han optado por una postura más temerosa que temeraria sobre el manejo estatal de la cultura.

Laura Campo